



Dulce María Orjales, 80 años.
Jose M^a Sepúlveda, 18 años.

Las lágrimas que esconden los versos

Torrente Ballester era mi profesor de literatura. Cuando yo tenía doce años, me mandó hacer un soneto sobre la pobreza. Mi familia era de clase media, y por entonces yo no sabía lo que era pasar hambre, así que me hice pobre sin saberlo mis padres. Me rasgué el vestido, me manché la cara y me fui a pedir a la calle. En una esquina donde creí que nadie me reconocería esperé a ver qué se sentía no teniendo nada. Algunos me dieron dinero, otros me invitaron a una confitería cercana, pero los que me reconocieron, indignados, me amenazaron con contárselo a mis padres. Yo entonces me asustaba, pero seguía allí, sentada. Yo quería saber qué era ser pobre.

Cuando el maestro pidió el soneto al día siguiente, lo leyó, y tras unos minutos sin pronunciar palabra, alzó la voz: "Señorita Orxales, ¿de dónde plagió este soneto?, porque una niña de su edad no puede hacer un clásico". Yo jamás había copiado nada, pero en ese momento me encontraba en un laberinto. Podía ser castigada por mis padres si decía lo que realmente había hecho para conseguir componer el poema, o salir impune si me mantenía callada. La falsedad no tenía lugar en mi mente, admitiría cualquier castigo. La verdad debía salir adelante a pesar de mi terquedad y rompí a llorar. El profesor llamó a mi padre, y tras hacerme confesar entre los dos lo que había hecho, me comprendieron. Fui castigada suavemente por mi progenitor, y el profesor le auguró: "es una poeta nata, tiene un gran talento sin pulir, ayúdala a que desarrolle su vocación".

Comencé a leer más poesía que nunca. Bécquer se convirtió en mi compañero, mi amigo. Lo entendía y comprendía. Después amplí mi círculo de lecturas: León Felipe, Amado Nervo, Antonio Machado y muchos más. Ellos fueron los que me animaron a seguir mi camino, a disfrutar de la poesía. Con ellos aprendí a dominar el dolor, el amor, la justicia. Comencé a participar en concursos literarios en pequeñas revistas y en radio, donde gané el Rincón Azul en la Radio Nacional de la Coruña. A partir de ahí algunos premios y reconocimientos. Me dedico a escribir.

Luchadora. Maruxa Orxales es una joven ambiciosa, comprometida, con ganas de cambiar la sociedad. Cree que el mundo no es justo, que las cosas están mal y quiere darles la vuelta poniendo su granito de arena. Por eso estudia Derecho. Tiene sed de justicia. Sus padres no la apoyan. "Con el gran talento que tienes para las letras, cómo puedes desperdiciarlo siendo abogada". Concepción Arenal fue en parte gran culpable de este compromiso; fue ella quien le transmitió las ideas de libertad y justicia que aún hoy imperan en su cabeza.

No pude acabar la carrera. Mi padre murió y no teníamos ingresos. Aún vivíamos tres hermanos, los más pequeños. José María era alumno de la Escuela Naval, donde disfrutaba de una plaza de gracia, y Alfonso estudiaba Derecho. Era una persona muy inteligente, y de él aprendí mucho; no era sólo mi familia, sino mi amigo y confidente. "Cuando Orxales se examina, tiemblan las paredes de la Universidad", se decía en la Facultad. Hizo los tres últimos cursos de carrera en uno sólo. Le doy las gracias, él me guió por la vida y me enderezó cuando me torcía.

Con 16 años me doy cuenta de lo que es la vida. Mi padre me dio una lección que nunca olvidaré, y que hasta hoy he tenido presente. El tiempo es el que abre los ojos y



da la razón. A esa edad era muy enamoradiza, y yo me fijé en el único chico que me hacía soñar. Pensé que en realidad era correspondida, que pensaba como yo. Pero sólo deseaba aprovecharse de mí. Junto a un grupo de amigos suyos me metieron en un portal. Mis ojos estallaban llenos de miedo, los suyos de pasión. Sus miradas se clavaban en mi cuerpo como astillas, y cada una de ellas me dolía más. Sólo pude llorar y gritar hasta que se fueron. Me quedé unos minutos en el portal, sofocada, angustiada, desencantada.

Cuando me miran tus ojos
siempre veo en tu mirada
un deseo de locura
pero de quererme nada.
("Elesmiel", Maruxa Orxales)

Entre los forcejeos había conseguido besarme. Esa noche en la cena anuncié que sus labios me habían dejado embarazada. Mi padre me llevó fuera. En unos minutos aprendí más que en todo lo que había vivido hasta entonces. Me demostró que era una ingenua, me hizo ver la realidad sobre los hombres, sobre el trabajo, sobre la vida. "Maruxa, tú eres la que tiene que elegir tu propio destino". Era el momento de que mis alas se desplegaran. A quien tiene alas, no se las pueden cortar. Ese día empezó mi vuelo. "Si algún día te encuentras a una persona que no sabe leer ni escribir, pero tiene corazón, puedes hacerle tu amigo". Mi padre me enseñó que la bondad es el mayor tesoro del mundo, a amar al prójimo como a ti mismo. Me indicó que me pusiera de espaldas a él y me dejara caer, que él me agarraría y no me haría daño. Lo hice y mi espalda golpeó el suelo. "Para que no te fies ni de tu propio padre".

Aquella fue la última gran lección que aprendí de él. Años después moría, la casa ya no tiene ingresos, así que cada uno de los hermanos debemos ganarnos la vida por nuestra cuenta.

Escucho el latir de mi corazón cuando entrego mi mantilla, mi mantón de manila y mis escasas sortijas a cambio de un puñado de monedas. Mi boca se reseca y mis manos tiemblan. Mis únicos recuerdos materiales se escapan.

Cojo mi maleta de cartón, un bocadillo y saco un billete de tercera en el tren Ferrol-Madrid contra la voluntad de mi familia. No conocía a nadie. Nada más llegar, un taxi me traslada a Los Paules, donde está la Virgen Milagrosa. Con la rodilla en el suelo, le pido que me de la plaza en el Ministerio de Marina, y tras horas rezándola, siento que por mi cuerpo circula una nueva fuerza, una sensación de esperanza. Sabía que lo iba a conseguir.

Una chiquilla de pelo negro ondulado, esbelta y atractiva se acerca a la puerta principal del Ministerio de Marina. "Quiero ver al Ministro". Sólo escucha las risas de los porteros. Hablan entre sí mientras la miran y sonríen. Uno de ellos se apiada de Maruxa, desea ayudarla y le señala quién es el Ministro para que ella le aborde. Al llegar éste, intenta explicarle su situación. Las palabras salen solas, atropelladas, nerviosas, pero el Ministro Regalado, con una sonrisa, hace que la chica se calme. La invita a subir al coche para escucharla con más detenimiento. Le promete que si hace bien la Oposición, un puesto será para ella.



Consigue la plaza entre 3.000 aspirantes. Ya era funcionaria del Estado. Recibió la felicitación de Regalado y la lista de embarque para regresar a Ferrol y disfrutar del éxito junto a los suyos, y de su cartera particular una considerable cantidad de dinero para su mamá. Ya en su pueblo, otro obstáculo más: la envidia. "Se dejó querer...", "como es tan guapa...". El odio corrompe las almas, la envidia las corroe. De nuevo, el dolor circula por sus venas.

Trabajo como funcionaria durante varios años, siendo retirada por inutilidad física debido a una grave enfermedad. Mi espíritu, inquieto, de nuevo vuelve a la lucha y decide expresar sus sentimientos a través de los versos. Poco a poco iré creciendo como poeta, y se publica mi primer libro "Te he perdido para tí, mis palabras". Por entonces, conozco al patriarca de las letras gallegas, Otero Pedrayo, quién será uno de mis grandes valedores, de la mano del cual mis libros cruzarán el Atlántico y llegarán a Sudamérica. Junto a él, otra de las personas que más adentro tocó en mi corazón fue Celso Emilio Ferreiro, al que agrado como persona y me desea acoger unos días en su casa. Vivo con él y su familia, y me introducirá aún más en el círculo literario de la capital. Llegaré al Ateneo de Madrid. Damos recitales juntos por toda España con grandes éxitos. Conozco a Gloria Fuertes, Carlos Murciano, Rafael Montesinos, Dámaso Alonso, Juan Van-Halen... algunos en las hermosas tertulias del Café Gijón.

En pleno éxito literario vuelvo a enfermar y decido retirarme para cuidar mi salud. Los tiempos en España cambian, y yo tengo que evolucionar con ellos. Con tesón y fuerza termino los estudios de psicología y vuelvo a la vida activa montando mi propio despacho a pesar de estar postrada en una silla de ruedas. Uno de mis clientes deja olvidadas unas revistas en las que aparece un traumatólogo sobresaliente, Palacios Carvajal. Una nueva fuerza que vuelve a correr por mi cuerpo me dice que él me levantará. Decidida voy a su consulta: "Maruxa, con mis manos, tus fuerzas y nuestra fe en Dios, saldremos adelante". Lo conseguimos.

Ya curada de mis males, la literatura vuelve a mi vida. Elisa Vázquez Gey redacta una antología de las principales mujeres gallegas, y me visita. Su libro Quemar las meigas alcanzará un gran éxito. Será cuando conozca la editorial Torremozas, que me ofrece publicar mi cuarto libro de poesía, Elesmiel, logrando nuevos triunfos. Años más tarde, conozco a Octavio Uña Juárez, quien me prologa ¿Se apagará esta luz?, al que le siguen otros. Con hombres para el milagro, Maruxa vuelve a su tierra como una poetisa consagrada, donde escribe Vientos de amor, editado por Primerapersona, prologado por Juan Van-Halen, reza: "Hay mucha autenticidad en estos poemas, y debemos recibirlos con júbilo en medio de una desorientación poética rara vez conocida pero cierta. Deseo a Vientos de amor mucha fortuna por esas aguas no siempre en calma ni siempre claras de nuestros mares literarios".

Aún hoy sigo escribiendo. Cada noche, cuando mi corazón no puede dormir, me levanto y él me dicta. Cada verso es un latido. La vida me dio la poesía. La poesía me dio la vida.

Maruxa es un ángel libre al que jamás cortarán las alas.

Mirar con alegría tu mirada;

tener tu corazón siempre pendiente,

que brote amor sin fin como una fuente.

(Extracto del soneto "Amor en plenitud", Maruxa Orxales)



Lo importante de la vida

La fe han sido los ojos que han guiado mi camino. En todos estos años he aprendido a luchar por aquello en lo que creo, porque nada es imposible.

Me he orientado a una meta: el triunfo sobre mi misma. La clave para alcanzarlo es el perfeccionamiento como ser humano, basado en la experiencia de las buenas enseñanzas. Pero no sólo la que dan los libros, sino los años. No ha pasado un solo día sin que no haya aprendido nada, y aún sigo haciéndolo. Cada verso que leo, cada persona que conozco, me enseña. Y todavía me queda mucho conocimiento por adquirir. He tenido poco tiempo.

Creo en el destino. Las casualidades son un invento de las personas para no afrontar que su futuro está escrito en algún lugar. Todo lo que me ha ocurrido no ha sido por suerte, sino porque me tenía que pasar. El futuro es un espejismo de los sentidos. Nuestra meta en la vida está oculta por una densa niebla, por lo que para descubrir lo que nos espera debemos adentrarnos en ella; nada está abandonado a su suerte, sino que el sendero por el que caminamos tiene un final ya definido, no sabemos dónde, cuando ni en qué circunstancia.

Justicia. Sin ella, el mundo no sería orden, sino caos. Yo he tratado de buscarla por todos los medios porque me ha tocado vivir en una sociedad corrompida. No me arrepiento. Tras alcanzar la igualdad, llega el estado de libertad.

Un espíritu libre no necesita dinero. Teniendo lo necesario para vivir, nunca he precisado de más, porque lo único que provoca es la corrupción de las personas. La experiencia me susurró una vez que debía dejar atrás lo material para que mi corazón siguiera siendo independiente.

La moneda tiene mucho poder, demasiado, pero lo que realmente mueve el mundo son tan sólo tres cosas: cabeza, corazón y sexo. Aquí radica el poder, y quien domina esto, es quien triunfa. Es muy fácil errar, y para evitarlo debemos dedicar parte de nuestra vida a la formación, porque la cultura es la que hace a la persona. La educación y el amor son los que realmente me han abierto puertas, no el dinero o el sexo, que son los que nos tuercen del camino.

Aprovecho cada ocasión que se me brinda, aprecio cada instante, cada uno de los pequeños placeres que a veces parecen insignificantes pero que cuando no se tienen se echan en falta.

Cada minuto es fuerza, cada segundo es poesía. Desaprovechar el tiempo es matar la vida.